

EL VIAJE, EL BUS Y LAS LÁGRIMAS  
Por Gorwen Botha

*Para vos, Lula, que despertás cada vez más sentimientos en mí*

Las últimas gotas de la noche caían, y los tristes rostros de los lugareños se prendían como los luceros que ya no alumbrarían nunca más.

Ella tomó sus bolsos y valijas, dando la sensación de aceptar la realidad. Pese a haberlo pensado tanto, nada valía en ese momento de verdad. Su sinceridad se translucía: no deseaba el desarraigo; peor era la sensación de fracaso que sobrevendría si hacía caso a sus ocultos deseos. Mientras caminaba hacia la puerta, cada paso retumbaba como si de un bombo se tratara. Y las ganas de arrojar todo por la borda, de correr y abrazar a los que dejaba, se hacían un eco cada vez más grande.

Se acomodaba en el asiento del bus. Una pequeña comitiva la había acompañado hasta la puerta del vehículo. Supo, en aquél reciente momento, en que nada podía hacer al cruzar este umbral. Dio el último vistazo por la ventana y contuvo las lágrimas antes de que, por fin, se alejara saludando con la mano.

Mientras comía el alfajor de desayuno que la compañía ofrecía, sus recuerdos comenzaban a alejarse. El día ya asomaba y la noche se llevaba con ella los peores momentos. La visión de los verdes pastos que pronto intercambiaría con el gris cemento de la ciudad le daban paz. Los ojos le dolían tanto como podía aguantar, se dirigió al baño y logró refrescarse un poco. La ventana estaba rota y el frío del amanecer la recibió con una cachetada.

Se miraba al espejo e intentaba darse ánimos. Entender la situación era realmente difícil. Nunca había tenido la sensación que ahora la asaltaba. Sus entrañas se retorcían cada tanto, provocadas -¿provocando?- la angustia más grande del mundo. Y nuevamente el llanto, que destrozaba sus pequeños y bonitos ojos. Taquicardia y algo más.

Las primeras fábricas estaban anticipando la llegada. Inminente y esperada llegada. Porque al fin de cuentas, lo más angustiante era este *momento de tránsito*, en donde el presente podía ser demasiado sentido, y el rodar silente y permanente del monstruo devora caminos era más una tortura que otra cosa. Volvió a su asiento, "...aunque sea para estar más caliente..."; el frío del baño le había lastimado la cara.

Sabía que allá la aguardarían. ¿Pero si no había nadie? ¿Qué inventaría para superar ese momento? Estaría sola. Realmente sola. No podía darse cuenta ahora, pero igual, siempre estaría sola. Y la tristeza del momento no hacía más que acrecentar el sentimiento. Igualmente, ella no venía a divertirse. Incluso ni siquiera venía a sentirse bien. Venía a cumplir con el destino que le había sido anticipado durante toda su vida. Como tantos otros emigrantes que no hacen más que eso. Cumplir. Su sueño, o el de otros.

Mientras se calzaba el *walkman*, podía oler humo. Y la ventana daba una pauta interesante de la contaminación. Gigantescas chimeneas escupiendo una blanca y densa nube. Tocó el cristal y pudo darse cuenta del frío que hacía. Y la sensación otra vez la remitía al dolor.

En cierta manera, la vida se consumaba en ese preciso momento. Sí: ahora podía sentir el crecimiento. Como se acercaba un poco más a su propia muerte. No era la manera que le hubiese gustado para llegar a esa certeza, pero realmente el reloj cuadraba con la velocidad del bus. Hasta que el tránsito se hizo presente.

Ya hacían más de 45 minutos de embotellamiento. El *cassette* comenzaba a sonar en octavas bajísimas, y las pilas de repuesto habían quedado en la mesita de luz de su ahora lejano lugar. Pensó: "...¡bingo!...". Aquél, ya no era *su* lugar. Ahora, la ruta y esta caja de metal y plástico lo era. Y, quisiera o no, los otros pasajeros pasaban a formar parte de su vida, de su entorno. Algunos hablaban sobre el tránsito de la ciudad, que esto no era nada

comparado con eso. Y ella lloraba nuevamente, con el cielo acompañándola en el sentimiento. Los bocinazos eran cada vez más, y componían una extraña sinfonía del caos. Desde la ventana podía espiar lo que ocurría en los autos que la circundaban. Comenzó a sentir una gran curiosidad por estar allí, metida en otras vidas, en historias más felices que la que ella recorría ahora. Pero la lluvia y su tristeza infinita nublaban todo deseo. Pensó que sería mejor dejarse *atravesar por el dolor*. Y estar en el lugar que estaba, de cuerpo y alma. Lo que no sabía era que este tipo de dolores no se acaban al llegar.

Despertó sobresaltada: se había dormido llorando. La sorprendió el encontrarse cobijada con una extraña campera. Un hombre se acercó a los pocos minutos y le ofreció un humeante café. Ella lo miró y agradeció con un gesto humilde. La lluvia seguía repicando en el techo y la calmaba, la acunaba. Se hundió cada vez más en el asiento y agradeció con un hilo de voz la campera prestada. El hombre sonrió y se alejó hacia su propio asiento.

Ya algunos carteles publicitarios se asomaban y decretaban la recta final. Su corazón latía cada vez más fuerte, preso del asombro y del temor. Quería volver. Sentirse cómoda nuevamente. Ser como el árbol de su puerta, ser el triciclo que la supo llevar de aquí para allá, ser como su cocina de gas. No podía tolerar esto. No quería hacerlo. El bus ahora daba saltos, frenaba y aceleraba de maneras poco agradables. Y hasta el respirar se le hacía difícil. Sabía que la adrenalina estaba causando estragos en su cuerpo. Y la tensión creció y creció hasta el momento en que el ómnibus subió la rampa de la terminal. Cerró con fuerza los ojos. Realmente estaba desesperada...

Abrió los ojos. Se sorprendió de sentirse tan bien, tan en casa. Estaba en su cuarto. Miró por la ventana y vio el árbol. Giró la cabeza y pudo observar el herrumbrado triciclo descansando cerca del armario. Un persistente olor a café con leche y tostadas daban el toque final. Todo había pasado ya, y pudo escuchar los pasos de su madre, que vendría como todas las mañanas, con el desayuno. Se tapó más, con todas las colchas disponibles. Y una enorme sonrisa cruzó su rostro.

Mamá entró con la bandeja y mientras buscaba un lugar en la mesita, enunció con una voz realmente dulce: “Bebota, para hoy a la noche no te vayas a olvidar las pilas del *walkman*, mirá que el viaje es largo...”.

FIN